



Augusto Monterroso en su biblioteca, junto a su esposa Barbara Jacobs.

## Rescate

### Bibliotecas personales I

# Tus libros y los míos<sup>1</sup>

Esta mañana, en casa de mi amigo ausente, cuento con tiempo de sobra para ver sus libros, y no termino de asombrarme de la gran diferencia de nuestros intereses, de la diversidad de los mundos por los que cada mente navega.

Y así será con todas las bibliotecas personales de hoy. Predominará en unas el inglés y el español (la mía); en otras el francés y el inglés (ésta); en unas lo contemporáneo y heterogéneo (ésta); en otras (la mía) lo clásico y en cierta forma afín.

Surge, mientras paso de un estante a otro, la pregunta ¿cómo nos entendemos –si es que nos entendemos– hoy, cuando tantos libros y teorías –incluso dentro de la literatura– nos separan? Quizá sólo a través de generalizaciones abstractas, de esos grandes bloques (la música, la pintura, la “escritura”, el cine, la política) en que han venido a aglutinarse las obras y sus autores.

Todavía en tiempo de Lope de Vega, de Góngora, de Quevedo, los escritores “se conocían” unos a otros mediante unos cuantos autores antiguos y suficientes: Virgilio, Horacio, Lucrecio, Ovidio, Cicerón, Plutarco. La biblioteca de Montaigne no contaba con muchos más que éstos. La de Cervantes, en cambio, a juzgar por la de don Quijote, era ya más corta en clásicos, y probablemente con él comenzó el desorden en que ahora nos movemos, lo moderno, para poner cada vez más lejos la posibilidad de saber de qué está hablando cada uno, como no sea, de nuevo, a través de ideas generales, de afinidades electivas no de autores sino de abstracciones en que nuestra opinión no cuenta para nada: la “situación mundial”, la oscilación de las monedas; no de lo que ocurrió en la guerra de Troya (que nos concierne más) sino de lo que sucedió hace media hora, a veces en este instante: unidos por lo que no vemos pero que suponemos ver en la pantalla; por lo que otros viven y nosotros, al creer verlo, creemos vivir; por la discusión de lo que sabemos a medias y llena nuestra necesidad de imaginar que pensamos.

Uno por uno, los volúmenes de mi amigo me enseñan lo que cada uno nos separa. Cada nueva explicación del mundo nos aleja de éste y nos lo oscurece. Mis referencias no son las suyas. Hablo en el vacío.

Augusto Monterroso



1. De *La letra e, fragmentos de un diario*, Madrid, Alianza Editorial, 1987, pp. 141-142.